

LA VIDA FRATERNA

CONSTRUCCIÓN DE LA PAZ DE LA COMUNIDAD

M. Cristiana Piccardo, OCSO

La paz es un don de Dios y el hombre, por cuanto pueda hacer, no puede construir ninguna paz, sólo puede recibirla con corazón humilde de las manos de Dios.

Se pueden dar muchos nombres a la búsqueda y construcción de la paz comunitaria: integración, compenetración, mutua aceptación, solidaridad, diálogo, simpatía, empatía... todos nombres que ustedes conocen mejor que yo. Prefiero darle el nombre que nos ha indicado Juan Pablo II° en el mensaje del primero de enero del 97: **el perdón.**

Él usa una expresión emblemática que vale para la construcción de la paz en cualquier ambiente, sea en nuestras comunidades como en el mundo entero: *«Perseguir a la paz en los senderos del perdón»*, frase que repite después en varios lemas del mismo mensaje: *«ofrecer el perdón para recibir la paz»*, *«ningún progreso de paz podrá ser iniciado, si no madura en los hombres una actitud de sincero, mutuo perdón»*, *«sin el perdón las heridas continúan a sangrar...»*.

Sin duda el contenido privilegiado de la paz, en el magisterio pontificio de Juan Pablo II°, es el «perdón» cual expresión de un abrazo profundo, humilde, confiado, reconciliado a la entera humanidad para que sea siempre más manifiesta a todos los hombres la misericordia de Dios.

¿Y qué es el perdón? ¿Quién puede ofrecer el perdón? Sólo quien lo necesita, quien hondamente tiene hambre del perdón de Dios y de los hombres, quien apasionadamente desea el perdón y no por una escrupulosidad perfeccionista, sino porque la experiencia del perdón es el respiro del alma, la liberación del corazón, el traje de fiesta que nos viste de misericordia para el banquete del Señor. Solo quien vive esta necesidad vital, puede ofrecer y vivir el perdón que abre caminos de paz.

El perdón es sin duda un acto, pero es sobre todo un clima, una modalidad existencial, algo que se respira en una comunidad si esta comunidad vive una constante tensión a la reconciliación y a la verdadera paz: no tiene nada de moralismo, ni de fácil relativismo como podría darse en una forma de tolerancia superficial y ambigua, o de banal aguante mutuo. Es un clima de libertad donde la persona es abrazada en su integridad, más allá de sus fallas, de sus límites, de su debilidad. Un abrazo que conlleva una tenaz esperanza, una inquebrantable confianza en la posibilidad del hombre. Un abrazo que es una mirada positiva que afirma al otro en lo que tiene de bueno, sin apuntar el dedo sólo en lo malo. Y siempre hay algo «bueno» a pesar de lo malo, inevitable a la debilidad humana.

Cuando Agustín pelea con los donatistas que querían rechazar a los cristianos que se habían escondido o habían sido infieles por miedo, en la tremenda persecución de Decio, Agustín dice: no, la Iglesia comprende, perdona, reintegra. La dimensión de misericordia de la Iglesia es puesta en toda su amplitud: no olvida el pecado, no borra el mal, no minimiza la falla, sino integra con la fuerza de su perdón amante a quien ha recorrido caminos de infidelidad.

Lo que obstaculiza en nuestras comunidades la construcción de una paz fundada sobre un proceso constante de reconciliación no son los conflictos que siempre están y siempre estarán porque estamos hechos de carne, hueso, sensibilidad, pasionalidad (*¡Él conoce nuestra masa y se acuerda de que somos barro!* – como ama repetirnos Don Guillermo de Guatapé) sino lo que de veras obstaculiza la paz son las que yo llamo las tres enfermedades humanas: la indiferencia, la marginación, el poder.

Juan Pablo II° define la indiferencia *«una grave enfermedad social»* una tragedia humana y la compara a la respuesta de Caín a Dios: *«¿Soy yo acaso el guardia de mi hermano?»* La indiferencia es, antes de todo la concentración sobre sí mismo, la atención exclusiva a

su propia persona, que desarrolla defensas, susceptibilidades, y todo aquel proceso de racionalización y justificación que protege con una coraza efímera nuestra *vulnerabilidad*. La indiferencia es el espacio del individualismo, el individualismo ciego que en nombre de una libertad igualmente ciega acaba en el suicidio de la persona y en el vacío de un amor ni recibido ni ofrecido

La marginación o “*enfermedad de la discriminación*” domina el mundo y penetra también el claustro. Todo movimiento de simpatía o antipatía no purificadas por la caridad, de alianzas calculadas, de relaciones cerradas que excluyen a un hermano destruye la paz y clava el individuo a una soledad sin salida. El alma secreta de *toda* relación es la amistad. Es impresionante leer en el párrafo 29 de la última Instrucción de la Congregación de la Vida Religiosa (2002) esta frase: «*Espiritualidad de comunión significa ofrecer una verdadera y profunda amistad*» Es decir: «*compartir alegrías y sufrimientos de los hermanos, intuir sus deseos, comprender sus necesidades (...) acoger y valorar el otro como don de Dios, hacer espacio al hermano llevando juntos los pesos uno del otro*». Sin duda este «compartir» que llega hasta la intuición de los deseos del hermano va muy lejos.

Desde la victoria sobre la enfermedad de la discriminación nacen todos los instrumentos de la paz: la solidaridad, la colaboración, la integración, la aceptación mutua, la alegría de la convivencia, porque desde un corazón libre y abierto brota la capacidad que anula la discriminación, es decir, la admiración. Y si hay admiración estamos en el corazón del capítulo 72 de la RB donde el mutuo honrarse y la profunda dilección son criterios básicos de la convivencia. En los «*Lineamenta*» del Sínodo de América (1997) se habló de «*conciencia de la interdependencia...: la salvación individual se alcanza en la medida en que cada uno asume responsablemente su preocupación por la salvación de los demás*». También esta expresión de «conciencia de interdependencia» va muy lejos e indica un camino de conversión muy preciso.

La enfermedad del poder el Papa la declina como búsqueda de provecho, de prestigio, de albedrío, de dominio. Y sabemos que el poder siempre lleva a “usar” las cosas como propias y a las personas como “cosas”. A veces el poder puede estar muy bien disfrazado bajo un perfecto comportamiento formal, o bajo toda forma de proteccionismo, paternalismo, maternalismo, todo lo que sabe de lejos o de cerca a posesividad. Pero siempre es poder, dominio sobre algo o sobre alguien que a lo largo del tiempo inevitablemente suscita rebeldía y rechazo y, sin duda, ausencia de paz. Y el poder no es sólo dominio, sino también el hecho de subrayar constantemente lo negativo de una persona o de una situación o de su propia comunidad. Quien subraya el mal, la sombra, lo negativo se implica muy poco en un proceso positivo de sanación y conversión, se retira limpiándose las manos como Pilato, y no arriesga nada de sí mismo, no se compromete. Y no se da cuenta que su actitud es de puro poder, que su negatividad es puro dominio que salva su apariencia pero no salva nada más.

Sin duda mi Padre General añadiría a este punto que para construir la paz comunitaria es necesaria una brizna de humor, la libertad para reírse de uno mismo y ser tan inteligente para no tomarse demasiado en serio, y no deprimirse por sus fracasos más allá de lo lícito. Saber tomar distancia de sí mismo para encontrar con serenidad una realidad más profunda que los espacios artificiales que nos construimos con nuestra sensibilidad herida.

Otro elemento que puede aparecer pleonástico y que, sin embargo, es fundamental para construir la paz comunitaria es el servicio del abad y el carisma de su paternidad. Gracias a Dios Dom Edmilson lo trató con amplitud y aguda competencia pero queda un elemento imprescindible para construir la paz comunitaria.

San Benito declina muy ampliamente la paternidad del Abad y estructura la construcción de la paz comunitaria sobre un fuerte sentido de igualdad e justicia, un amor fuerte e imparcial propio del carisma paternal del abad: «*no haga – el abad - discriminación de personas*», «*no ame más a uno que a otro, “non unus plus ametur quam alius”* », «*no anteponga el que ha sido libre a un esclavo... pues que tanto el esclavo como el libre somos en Cristo una cosa sola y prestamos bajo el único Señor el mismo servicio*». La única diferencia que el abad puede permitirse es para los que son más humildes, y mejores en las buenas obras.

Evidentemente Benito moldea la paternidad del abad sobre la paternidad de Dio «que hace llover sobre los justos como sobre los injustos».

Más adelante Benito carga aún más la mano sobre esta paternidad pidiendo al abad que se **«conforme y amolde»** a todos los temperamentos de sus hijos: *«a uno precisamente con halagos, a otros con reprensiones, a otro con persuasiones», «para que ninguno se pierda y todos puedan alegrarse del aumento del rebaño»*

Aún si en los tiempos de San Benito existía la esclavitud y abismos de diferencias sociales, la pasión de San Benito por la igualdad va más allá y establece la absoluta prioridad del valor de la persona como tal. Una visión totalmente evangélica y concretamente profética, que establece el monasterio como lugar en el cual toda diferencia se anula, en la dimensión más profunda de la igualdad que nace de la paternidad y de la filiación.

Se trata de esta ternura humilde y atenta del abad que se amolda a la diversidad de cada persona y usa de esta diversidad para que la persona crezca a su dimensión de plena madurez: halaga y reprende, afirma y corrige, aconseja y escucha, paciente y empuja, calla y habla, aguanta, sobre todo aguanta... Benito quiere un padre que se relacione con cada persona según la modalidad que esta necesita para que *«todos se alegren en la casa de Dios»*. La específica finalidad de la **alegría** como fruto de una paternidad vivida y recibida, es única y extraordinaria en la Regla de San Benito. Benito habría podido hablar de perfección, de disciplina, de integración, pero no, habla de alegría. De la paternidad surge no solo la paz sino también la fiesta. La referencia a la fiesta evangélica del hijo prodigo es evidente. Es la fiesta de la gratuidad, de un amor dado y recibido, de una paternidad y una filiación que se encuentran en la reciproca comprensión, en el recíproco respeto, tolerancia y perdón, en la auténtica experiencia de la paz.

Hay una escena extraordinaria de la vida de san Bernardo tan llena de humor y de paz humilde que vale la pena contarla. Es un cuento de Gerardo, abad de Mores.

«Bernardo estaba en su celda engrasando sus sandalias, tarea considerada muy sucia, mientras conversaba con algunos monjes. El demonio, convenientemente disfrazado, se presenta: «Abba – se lamenta el Maligno – hice un largo, largo camino para verte y te encuentro lustrando tus zapatos. Tú no deberías estar haciendo eso, sino deberían hacerlo tus sirvientes y ministros». Bernardo contesta que nunca tuvo sirvientes, pero, sí, tenía hijos...» El cuento prosigue con una descripción prolija de la humildad que se concluye cuando el demonio pide a Bernardo que le entregue las sandalias que él las engrasará. Aquí vienen las líneas más increíbles de toda la literatura monástica, cuando Bernardo reconoce al diablo por lo que es, y le contesta que no, que no es correcto que aquel que desde el comienzo fue creado por Dios en la beatitud y belleza supremas deba engrasarle las sandalias, siendo él (Bernardo) polvo y ceniza.

Encontrar una reverencia y amor por la creación divina tan abrumadora que pueda incluir hasta el demonio, para amoldarse también a él, no es muy común, pero, parece que en la vida de los santos, el abrazo de la paz pueda llegar también a estos límites.

La estructura benedictina es familiar, fraterna, comunal: si eliminamos la fuerza carismática de la paternidad abacial esta estructura se desvanece totalmente en una convivencia ficticia y puramente funcional, no favorece la integración, no alimenta la paz.

El pensamiento moderno subraya el tema de la *«muerte del padre»*. El marxismo ha condenado toda forma de *«paternidad»* en la relación social y ha desarrollado una forma de paternalismo tremendamente impositivo, posesivo, policial de parte del estado, mientras que el nihilismo, que basa todo sobre el único valor de lo visible, calculable, medible y modificable con la potencia de la técnica, elimina todo ámbito de libertad y alteridad. El existencialismo se presenta como ruptura frente al ámbito familiar y el psicoanálisis, con todas la lista de los complejos que el hombre arrastra desde su infancia, declara prácticamente que el hombre no logra llegar a una edad “adulta” si no se libera de la dependencia de la autoridad paterna. Como si todo proceso de crecimiento y liberación obligara a excluir de la vida el misterio de la paternidad (o de la maternidad), en nombre de una autonomía evasiva y rebelde. La actual pedagogía norteamericana insiste para que nada coarte el libre desarrollo y la libre expresión del niño que espontáneamente pueda moverse según sus inclinaciones, gustos,

escogidas para no sedimentar frustraciones que le vienen de propuestas de valores y de la experiencia de la tradición. Todo valor de transmisión de vida queda eliminado.

Todo esto da un cuadro claro, no sólo del rechazo de toda forma de paternidad, o mejor relega la paternidad a algo de puramente genético y afectivo, sino que también elimina de la experiencia humana el sentido del origen. Y sabemos que si no hay un punto de origen dentro la conciencia del hombre, tampoco el hombre puede concebir un futuro, si no al nivel puramente material, técnico, nihilista. La paz surge de la conciencia de un origen y de un destino, que valora la realidad como única y concreta posibilidad de encuentro con los demás, en la infinita gracia de la Presencia del Señor que todo lo penetra y fecunda. Sin esta conciencia hay sólo evasión y miedo de la realidad, que se hace enemiga y desborda en búsqueda de compensaciones desesperadas y pérdida de sentido vital.

Solo la visión cristiana nos hace comprender que toda paternidad y maternidad releva de la paternidad de Dios y se enraíza en el acto de fe. Cuando San Pablo a los Galatos dice: «*Ya no hay diferencia entre judío y griego, entre esclavo y hombre libre, entre varón y mujer*» no añade «*ya no hay más ni padres ni hijos*». Al contrario la paternidad y la filiación asumen en la experiencia cristiana la dimensión espiritual más profunda: reflejan el misterio de la paternidad y filiación divina en el misterio trinitario.

Pido perdón por lo largo de esta referencia al servicio del abad, pero, para mí, el carisma de la paternidad, como la respuesta de la filiación es el instrumento más delicado y fecundo para la construcción de una paz comunitaria, la dimensión imprescindible en la cual florece la paz.

